

Conclusión

Con instrucciones de guardar fidelidad a la vocación y estilo de vida franciscana, los frailes menores se expandieron al occidente y al norte de la Nueva España.

En la región nuclear de México la predicación de los hermanos menores había sido posbélica, es decir, luego de un violento sometimiento militar. Catequizaron en poblaciones con importantes concentraciones humanas, con una organización social compleja, con un desenvolvimiento cultural notorio que había dado lugar al establecimiento de una educación formal en torno a sus estados teocrático-militares. En contraste, en la Nueva Vizcaya encontraron, en lo general, indios nómadas y seminómadas, dispersos, renuentes a ser sometidos, ya que aún en el periodo prehispánico, habían gozado de libertad. De ahí que su educación fuera fundamentalmente en el seno familiar y se concretó a la transmisión de los conocimientos y destrezas necesarias para subsistir en un medio hostil.

El occidente y norte de México eran importantes para los menores, ya que la llegada de las otras órdenes mendicantes en el sur y sudeste orientó la expansión franciscana primero hacia la Nueva Galicia y después hacia la Nueva Vizcaya. Además, el empuje de los castellanos en la región, en busca de oro y plata, motivó que la Corona solicitara su ayuda para la colonización.

Acompañando a los explotadores de la región y a los primeros colonos o actuando como avanzada, su predicación fue asistida (escoltada) o evangélica (solos). La primera tarea a realizar con los naturales fue reducirlos en establecimientos fijos, instruyéndoles en la agricultura para asegurar el sustento de los poblados nacientes.

Geográficamente la región era enorme, con gran diversidad de climas y múltiples obstáculos. Progresaron primero por la llanura costera del Pacífico, abordaron la Mesa del Norte por las antiguas rutas comerciales indígenas, los lechos de los ríos, franqueando la Sierra Madre Occidental. Fr. Juan de Tapia, siguiendo esta vía, llegó al valle del Guadiana. Conforme la colonización penetró por la Mesa Central, a la región de Zacatecas, el avance continuó siguiendo a la región de los valles y sierras del Norte. En el empuje por Zacatecas destacó Fr. Jerónimo de Mendoza. Otro obstáculo fueron los desiertos, que evitaron por carecer de los medios indispensables para sostener a sus fundaciones. Sin embargo, la presencia de metales preciosos en algunos sitios áridos proporcionaría los medios de subsistencia requeridos, allanando el camino para estas fundaciones.

Los naturales de la Nueva Vizcaya comúnmente "fieros" e "indómitos" como los calificaron los frailes, eran grupos heterogéneos, que guerreaban entre sí. Los tepehuanos y zacatecos, ubicados en las zonas propicias para la agricultura, tuvieron un desarrollo cultural mayor que las tribus serranas o de los desiertos. Es posible que los tepehuanos hayan tenido una ocupación tardía de los sitios mesoamericanos neovizcainos antes de la dominación que probablemente continuó casi hasta el momento de la conquista. Este desarrollo hizo que los tepehuanos y zacatecos fueran más receptivos para la predicación de los frailes, cuando menos inicialmente, antes de que la presencia numerosa de colonos españoles les hiciera objeto de despojos y vejaciones que propició su posterior rebelión.

En la región costera las numerosas y prósperas civilizaciones habían sido arrasadas durante la funesta conquista de Nuño Beltrán de Guzmán. Después, el continuo maltrato de los encomenderos hizo que los naturales huyeran de los españoles, los que atraídos por la riqueza de la tierra, colonizaron la región llevando a los nativos al borde de la extinción. Lo anterior, propició la sublevación de 1569 en San Juan de Sinaloa, que truncó la labor franciscana en la costa, encontrando aquí la muerte Fr. Pablo de Acevedo.

Los franciscanos abordaban a los nativos en comitivas numerosas, acompañados de intérpretes; indígenas auxiliares de la catequesis (niños temaztlanes y donados); indios amigos, "viejos cristianos" (tlascaltecas, mexicanos, tarascos) que les ayudaban con sus menesteres para el culto. En ocasiones tenían escolta militar. Debido a su aceptación entre los naturales, intervinieron como pacificadores, por lo que, con frecuencia los acompañaron colonos españoles.

Intransigentes en cuanto a las antiguas creencias los religiosos se preocuparon por destruir ídolos y cuando establecían una ermita, lo hacían sobre "antiguas cues" o sobre los escombros de los adoratorios derruidos, simbolizando la preeminencia del cristianismo sobre el paganismo. Procuraron que las construcciones fueran en alto, para fines defensivos y para evitar las avenidas de las aguas, además, del fin religioso indicado.

El estudio de las lenguas constituyó siempre una prioridad de los hermanos menores, cuyo dominio necesitaban para su predicación y la administración de los sacramentos. Así, vemos que en la Nueva Vizcaya desde 1565 Fr. Pedro de Espinareda escribió su vocabulario del idioma de los zacatecos. Además, de la obra

de Fr. Pedro, se sabe que se escribieron vocabularios en tepehuano y concho y una Vía Crucis en la "lengua de los indios del norte".

Su dominio de los dialectos, aunado a su sencillez en el trato cotidiano, hizo que fueran bien acogidos entre los naturales, actuando como pacificadores y defensores de los indios.

De los frailes menores que predicaron en la Nueva Vizcaya, Fr. Jerónimo de Mendoza requiere de una mención especial. Desde 1553 se sabe, por pruebas documentales, que predicaba en Malpaís. Su experiencia en el Norte, en Zacatecas, desde la década anterior, y su parentesco con el primer virrey fueron cruciales para que su actuación decidida y efectiva resultara duradera. Antes de 1558 prácticamente trabajó sólo en la región, Fr. Juan de Tapia ya había sido muerto durante su viaje de retomo a Durango. Alrededor de 1562 o antes, la llegada de Fr. Pedro de Espinareda, Fr. Diego de la Cadena, Fr. Jacinto y del donado Lucas, apoyados por Francico de Ibarra, quien recibió órdenes expresas de ayudar a los menores, dio continuidad a la labor de Fr. Jerónimo.

El establecimiento de conventos-doctrinas en Nombre de Dios, Analco, en el valle de San Bartolomé, en Topia y Peñón Blanco constituyeron el núcleo a partir del cual, debido a la labor realizada desde 1553, se erigió la custodia en diciembre de 1566, fecha temprana si se considera la evolución de la región.

Para los frailes menores, como hemos reiterado, la educación de los nativos fue primordial ya que no se lograría una conversión auténtica más que por el convencimiento, lo que requería de una formación académica al modo occidental. Gracias al hecho de que Fr. Diego de Valadés¹ estuvo en la región, en la fundación

1 El jesuita Esteban J. Palomera, en su biografía de fray Diego de Valadés sostiene la hipótesis de que Fr. Diego de Valadés es la misma persona que Fr. Diego de la Cadena, mencionado por la crónica de Arlegui. Después el Lic. José Ignacio Gallegos en su Historia de la Iglesia en Durango repite el mismo planteamiento, sosteniendo que fuera de la crónica de Arlegui, no hay ningún documento que compruebe la existencia de un Fr. Diego de la Cadena. No ha sido posible aportar nueva información al respecto, para aclarar esta situación. Sólo enfatizaríamos, indudablemente que Fr. Diego de Valadés estuvo aquí por que lo afirma de manera clara en su libro, mencionando incluso que estuvo en la fundación de Nombre de Dios. Era costumbre en esta época que se refirieran a algunas personas por más de un nombre y para ejemplificarlo, a Toribio Paredes se le conoció mejor como Fr. Toribio de Benavente o como Fr. Toribio de Motollina. Otro ejemplo de la época de Fr. Diego es el de Fr. Juan Calero, primer mártir en la Nueva España, al que Fr. Jerónimo de Mendieta llama también Fr. Juan de la Esperanza o Fr. Juan del Espíritu Santo.

de Nombre de Dios y en el valle del Guadiana, sabemos mucho respecto a la labor educativa en la Nueva Vizcaya. El método que usaron los frailes fue la enseñanza por imágenes o método objetivo de enseñanza por el dibujo y la pintura, cuyo principal promotor fue Fr. Pedro de Gante, mentor de Fr. Diego de Valadés. Enseñaban en la lengua de los nativos o mediante intérpretes, con ilustraciones relativas a los puntos principales de la doctrina cristiana. Su instrucción fue sistemática: primero daban a conocer las verdades esenciales del cristianismo, en seguida la lectura, escritura, a sumar y a restar, después, a los alfabetizados los instruían en las verdades complementarias del catolicismo.

A diferencia del Centro, en esta región la educación franciscana no se orientó a una elite debido a la ausencia de sociedades numerosas, complejas, con estratificación, y por lo escaso de los catecúmenos. Fue una instrucción más generalizada entre una población aborígen escueta.

La orden de menores encontró en la Nueva Vizcaya obstáculos mayores que en la región nuclear de la Nueva España. Además de dispersión de la población, nómada o seminómada, en un extenso y accidentado territorio con diversas condiciones climáticas, de la ausencia de antecedentes de un dominio previo de estas tribus y de la variedad de lenguas; hubo situaciones nuevas que dificultaron su tarea. La llegada casi simultánea de ordinarios dependientes del obispado de Guadalajara, hizo que pronto tuvieran competencia, ya que incluso hubo misiones de ordinarios, aun cuando éstos tuvieron una mayor actividad entre los españoles. La llegada de los jesuitas, que se instalaron en la Sierra Madre Occidental, contuvo al avance franciscano y dio inicio a más problemas de jurisdicciones y territorialidad.

El derrumbe gradual de las misiones franciscanas fue debido a varias causas. La consolidación de la conquista, con el establecimiento de minas y granjas que requerían de mano de obra, afectó a las reducciones de los nativos en torno al convento-doctrina. El maltrato de los nativos dio pie a levantamientos múltiples que incidieron sobre la vida de las reducciones. La costumbre de traer indios amigos del Centro, la presencia de esclavos negros y su relación con los españoles presionó a las escuetas poblaciones de los aborígenes al propiciar su asimilación étnica.

La labor catequístico-educativa franciscana fue holoística, es decir, toda integradora: el ejemplo de los frailes, la doctrina, la escuela, el hospital, la arquitectura del convento - una verdadera predicación plástica y funcional centro

pedagógico -, la promoción del canto, danza y teatro píos, las cofradías con sus procesiones y las devociones populares. La labor de los franciscanos imprimió su huella en la naciente cultura neovizcaína y aún sobrevive en los nombres de los pueblos y en muchas de las manifestaciones culturales contemporáneas.

